

Entrevista a Jorge Riechmann

«El socialismo puede llegar sólo en bicicleta»

Jorge Riechmann ha destacado en multitud de facetas, y entre ellas diversas, que van desde su reconocida faceta poética –poco convencional abordando un amplio espectro de registros–, hasta un amplio recorrido en distintas temáticas como la filosofía, la política o la ecología... que le sitúan como referente internacional reconocido en cada una de ellas. Una persona comprometida con el análisis y la crítica a la panacea del progreso –capitalista– que logra resaltar en su obra, y que va más allá de la prosa. La formación y la capacidad que Jorge alberga dan cuenta de la rigurosidad –no siempre común– que resalta en un enfoque álgidamente integrador como el que ahora nos ocupa.

Pregunta: Después de felicitarte por tu nuevo libro *El socialismo puede llegar sólo en bicicleta*, publicado hace algunas semanas en la editorial madrileña Los Libros de la Catarata, déjame empezar por sus alrededores próximos. El título remite a José Antonio Viera-Gallo. ¿Quién era este ciudadano chileno? ¿Qué quiso expresar Viera-Gallo con esa afirmación?

Respuesta: Viera Gallo es un jurista y político chileno nacido en 1943. Fue subsecretario de Justicia durante la presidencia de Salvador Allende; tras el golpe de Estado de 1973 logró exiliarse a Italia. Con el final de la dictadura de Pinochet regresó a su país, donde ha formado parte de la dirección del Partido Socialista, ha sido ministro de la Secretaría General de la Presidencia en el Gobierno de Michelle Bachelet, y donde actualmente –creo– es miembro del Tribunal Constitucional chileno.

Cuando leí hace ya muchos años aquella frase de Viera-Gallo, me pareció lúcidamente sintética. De hecho la usé ya como título de una ponencia expuesta en las I Jornadas sobre Ecología y Política Ambiental de Izquierda Unida (en Madrid, del 12 al 14 de octubre de 1990); ahora, casi un cuarto de siglo después, la he recobrado para titular el libro.

Salvador López Arnal es miembro del CEMS (Centro de Estudios de los Movimientos Sociales) de la UPF

Otro chileno, uno de los economistas importantes de los últimos decenios, Manfred Max-Neef, suele hablar de «economía descalza» (la que respondería a las necesidades, los valores y las aspiraciones de los más pobres, esos a quienes la economía convencional ignora pues apenas disponen de poder de compra); podríamos dejar cerca de esa expresión el sintagma «socialismo en bicicleta». Eso nos remitiría a contextos de crítica de la idea de la neutralidad de la técnica, a la necesidad de desarrollar «tecnologías apropiadas» (que para una sociedad socialista no podrían ser sino parcialmente las mismas que las tecnologías generadas bajo el capitalismo), a la noción de una sociedad industrial austera, igualitaria y descarbonizada...

P: El libro se cierra con un escrito de Michael Löwy. «Por una ética ecosocialista» es su título. ¿Qué es el ecosocialismo para el autor de *La teoría de la revolución en el joven Marx*?

R: Löwy es uno de los marxistas europeos que desde hace años trabaja con tesón para desarrollar perspectivas ecosocialistas; a él se deben iniciativas como el *Manifiesto ecosocialista* internacional de 2001 (redactado junto con Joel Novel) que luego sirvió como base para la fundación en octubre de 2007 –en París– de la Red Ecosocialista Internacional (International Ecosocialist Network).¹ Una de las citas de Löwy que recojo en *El socialismo puede llegar sólo en bicicleta* dice:

«Contra el fetichismo de la mercancía y la autonomización de la economía por parte del neoliberalismo, la apuesta de la que depende el porvenir es la aplicación de una “economía moral” en el sentido que daba el historiador británico Edward P. Thompson a ese término, es decir, una política económica basada sobre criterios no monetarios y extraeconómicos: en otros términos, la “reintrincación” de la economía en lo ecológico, lo social y lo político.»²

P: El prólogo se abre con un texto –en mi opinión, enorme, magnífico– de Francisco Fernández Buey, uno de sus últimos trabajos («Sobre ecosocialismo en la crisis de civilización: ecología política de la pobreza y decrecimiento»). ¿Qué ha representado para ti el autor de *La gran perturbación*?

R: Ay, Salva, qué pérdida enorme la que hemos sufrido el pasado 25 de agosto... Tú sabes mejor que nadie que Paco Fernández Buey era una persona verdaderamente insus-

¹ Véase www.ecosocialistnetwork.org

² Michael Löwy ha expuesto sus ideas en un libro recientemente traducido en Argentina: *Ecosocialismo*, Ediciones Herramienta y Editorial El Colectivo, Buenos Aires, 2011.

tituible: como profesor, como intelectual, como militante, como crítico cultural, como amigo, ... Cuánto echaremos de menos su paciente trabajo en contra de esos sectarismos que hacen tanto daño a la izquierda en nuestro país de países. ¿Recuerdas cuántas veces volvía, desde hace decenios, a la idea de juntar aquello que se separó después de la Primera Internacional? ¿Por qué no podrían dialogar y trabajar juntos socialistas y libertarios, anarquistas y comunistas? Qué falta nos hará ese atento discernimiento suyo aplicado a los movimientos sociales y –antes de su constitución como tales movimientos– a lo “prepolítico”, a esas corrientes e inquietudes culturales donde se van definiendo las vías por donde transitará –o no– la sociedad...

Es difícil que la inteligencia crítica, en el grado en que caracterizaba a Paco, vaya acompañada de la bondad en el grado que también le caracterizaba a él. A quienes le conocíamos nos llamaba la atención lo lejos que siempre se situó del oportunismo y la inautenticidad: hacen falta raíces morales hondas para mantener una posición así. Y él lo hacía sin el menor exhibicionismo, mostrando más que diciendo, haciendo más que hablando.

Paco era, por otra parte y de forma admirable, un ser humano muy equilibrado. Lo cual resulta mucho más infrecuente de lo que podría parecer: uno tiene motivos para sospechar que, antropológicamente, somos seres descompensados; a lo que culturalmente se añaden toda clase de desequilibrios. Pero qué bien retratan a Paco, en eso, algunos de los títulos de sus libros: *Discursos para insumisos discretos*; su propuesta de un *Racionalismo bien temperado*... Cuando pienso en él, me acuerdo muchas veces de aquel gran poema de Brecht sobre el comunismo como término medio.

P: ¿Nos haces un resumen de la presentación de Paco Fernández Buey? ¿Qué destacarías de su escrito?

R: Es una reflexión en cuatro tiempos que primero aborda la naturaleza de la crisis que estamos viviendo –no una mera crisis económico-financiera, sino una multidimensional crisis de civilización– y luego analiza rápida pero matizadamente tres de las respuestas principales que, desde el pensamiento crítico y la praxis alternativa, se han formulado en los últimos decenios: el ecologismo –y particularmente el ecologismo social de los pobres–, el movimiento altermundista y la propuesta del decrecimiento. Paco va examinando algunas de las fortalezas y carencias de estos movimientos, que constituyen interlocutores obvios del ecosocialismo –y en algunos casos quizá variantes del mismo–, a la hora de pensar en una transformación ecosocial radical. Podemos catar algo de su pensamiento en líneas como las que siguen:

«Lo que está en crisis es *nuestra* civilización, o sea, la forma de producir, consumir y vivir que el capitalismo industrialista ha configurado durante varios siglos; lo temporal y transitorio es preci-

samente la crisis financiera y económica y de ella se va a salir, efectivamente, con reformas más o menos profundas del sistema; pero, dado el carácter expansivo de este tipo de civilización, las reformas en el sistema financiero y económico propugnadas desde arriba y con una orientación neoliberal no paliarán sino que acentuarán la otra crisis, la ecológica o medioambiental. Puesto que esta civilización capitalista e industrialista es expansiva y no tiene sentido del límite, la crisis ecológica o medioambiental se agudizará y además, al combinarse con el proceso de homogeneización cultural, que es otra consecuencia del carácter expansivo de la civilización capitalista, provocará en el mundo un malestar cultural aún mayor que el que ya existe ahora. [...] Pocas cosas puede haber tan representativas de una crisis de civilización como el sentimiento de pérdida de los valores que han sido propios. Eso es lo que hay. Y eso no se arregla buscando en los clásicos de cada cual los valores perdidos. En los clásicos del socialismo, empezando por Marx, por ejemplo, sólo podemos encontrar algunos atisbos: metodológicos e historiográficos, desde luego; atisbos ecológicos o medioambientalistas, aunque pocos; y también, aunque menos, atisbos para una crítica radical de la civilización en crisis.»

P: Entro ya propiamente en tu libro, en *El socialismo puede llegar sólo en bicicleta*. ¿Por qué crees que el socialismo sólo podrá llegar con ese medio de transporte?

R: La bicicleta es el artefacto ecosocialista por excelencia, tanto material como simbólicamente. Por una parte, pertenece de forma inequívoca a la sociedad industrial: es una máquina de alta tecnología que potencia en alto grado las capacidades del ser humano (sobre todo su movilidad, pero no únicamente: también su capacidad de disfrute, sin ir más lejos) con un impacto ambiental reducido, asumible incluso con las enormes poblaciones humanas que hoy habitamos el planeta Tierra. Por otra parte, apunta más allá del capitalismo fosilista hacia una sociedad basada en fuentes energéticas renovables (que, en la combinación del transporte colectivo con la bicicleta, podrían ofrecer a todo el mundo una movilidad suficiente y sostenible). El automóvil privado no es generalizable, la bicicleta sí que lo es. El socialismo no puede llegar en transporte motorizado individual: ha de hacerlo en bicicleta. En el libro recuerdo estas palabras de Jim McGum (citado por Keith Farnish en el capítulo 16 de *A Matter of Scale*):

«La ciclista lo crea todo a partir de casi nada, convirtiéndose en el ser más eficiente energéticamente de entre todos los animales y máquinas que se mueven; y, como tal, tiene una capacidad ímproba para desafiar todo el sistema de valores de esta sociedad. Los ciclistas no consumen bastante. La bicicleta puede ser demasiado barata, demasiado saludable, demasiado independiente y demasiado equitativa como para que le vaya bien. En una era del exceso, es minimalista; y ostenta el potencial subversivo de hacer feliz a la gente en una economía impulsada por la frustración de los consumidores.»

P: Y si hubiera que explicar sucintamente a la gente de qué va el ecosocialismo...

R: El socialismo, como sistema social y como modo de producción, históricamente se definió por la aspiración a que en él el trabajo deje de ser una mercancía, y la economía se ponga al servicio de la satisfacción igualitaria de las necesidades humanas. El ecosocialismo añade a las condiciones anteriores la de sustentabilidad: modo de producción y organización social cambian para llegar a ser ecológicamente sostenibles. No mercantilizar los factores de producción –naturaleza, trabajo y capital–, o desmercantilizarlos, es la orientación que un gran antropólogo económico como Karl Polanyi sugirió en *La gran transformación*: también a Polanyi tenemos que recuperarlo y releerlo hoy con gafas ecosocialistas. Desmercantilizar y democratizar: el ecosocialismo trata de avanzar hacia una sociedad donde las grandes decisiones sobre producción y consumo sean tomadas democráticamente por el conjunto de los ciudadanos y ciudadanas, de acuerdo con criterios sociales y ecológicos que se sitúen más allá de la competición mercantil y la búsqueda de beneficios privados.

P: ¿De qué autores beben más los argumentos y reflexiones de tu nuevo libro?

R: Recuerdo en la introducción que, amén de bisabuelos más lejanos como el gran William Morris, podríamos llamar padres pioneros del ecosocialismo (de lo que desde los años setenta/ochenta del siglo XX hemos llamado ecosocialismo) a Manuel Sacristán en España, Raymond Williams en Gran Bretaña, René Dumont y André Gorz en Francia, Barry Commoner y Murray Bookchin en EEUU, Wolfgang Harich y Rudolph Bahro en Alemania oriental, Erhard Eppler en Alemania occidental... Entre estos pensadores se dio por lo demás un amplio abanico de posiciones políticas: hay un largo trecho entre el ecosocialismo autoritario centralista de un Wolfgang Harich y el ecosocialismo libertario municipalista de un Murray Bookchin.

P: Una noción aparece repetidamente en tu ensayo: comunismo solar. ¿Qué es el comunismo solar?

R: Me parece una noción tan sugerente como la de socialismo en bicicleta. La base energética de una sociedad sostenible, viable en el tiempo, han de ser las energías renovables, básicamente la energía del Sol más o menos transformada. Si hay futuro para la especie humana en la Tierra, ha de hallarse en lo que cabe llamar una «edad solar».³ Un

³ Véase H. Henderson, *La política de la edad solar. Alternativas a la economía*, FCE versión en español, México [1981], 1985. Obra que vale la pena releer hoy.

socialismo/comunismo del siglo XXI, por eso, tendrá que ser un ecosocialismo o «comunismo solar». Löwy y otros ecosocialistas como David Schwartzman emplean esta expresión desde hace años.

P: Apoyándote en un apunte de Benjamin, comentas que no se trata de dominar la naturaleza, sino la relación entre naturaleza y humanidad. ¿Se trata de abonar una autocontención civilizatoria? ¿Cómo?

R: Es verdad que, aunque muchos idearios de izquierda han sido productivistas (como abrumadoramente lo ha sido la cultura política y económica de los últimos dos siglos), algunas líneas minoritarias del pensamiento socialista formularon tempranas críticas del productivismo y la noción burguesa de progreso. Aquí destaca Walter Benjamin, desde luego. El paso al que te refieres es el siguiente:

«Dominar la naturaleza, enseñan los imperialistas, es el sentido de toda técnica. Pero ¿quién confiaría en un maestro que, recurriendo al palmetazo, viera el sentido de la educación en el dominio de los niños por los adultos? ¿No es la educación, ante todo, la organización indispensable de la relación entre las generaciones y, por tanto, si se quiere hablar de dominio, el dominio de la relación entre las generaciones y no de los niños? Lo mismo ocurre con la técnica: no es el dominio de la naturaleza, sino dominio de la relación entre naturaleza y humanidad.»

Es un fragmento de *Dirección única*, un libro de apuntes, fragmentos y agudezas que Benjamin publicó en 1928. Fíjate: dominar *no la naturaleza sino la relación entre naturaleza y humanidad*. Dominar nuestro dominio: creo que esta idea sigue siendo inmensamente fecunda en el siglo XXI. Se trata, de alguna manera, de llevar la *enkráteia* que encomiaban Sócrates y Aristóteles del ámbito personal al socioecológico, transformando el autodomínio del varón prudente en autocontención civilizatoria.

Por lo demás, esta idea podemos rastrearla también en un famoso pasaje del libro tercero de *El Capital* de Marx: ahí el pensador de Tréveris no define el socialismo como dominación humana sobre la naturaleza, sino más bien como *control sobre el metabolismo entre sociedad y naturaleza*, regulación consciente de los intercambios materiales entre seres humanos y naturaleza. En la esfera de la producción material, dice Marx en el mencionado libro: «la única libertad posible es la regulación racional, por parte del ser humano socializado, de los productores asociados, de su metabolismo [*Stoffwechsel*] con la naturaleza; que lo controlen juntos en lugar de ser dominados por él como por un poder ciego.» Éste es un pasaje que suelen citar ecosocialistas como Michael Löwy y Daniel Tanuro.

P: Decirlo suena más fácil que hacerlo...

R: Somos malos en autocontención (los griegos llamaban a esta virtud *enkráteia*). Pero es la autocontención lo que nos hace humanos, lo que puede hacernos humanos (en el sentido normativo del término). A escala individual y micros social ello debería resultar casi evidente. Poder aprovecharse de una ventaja, al precio de dañar a otro, y no hacerlo: eso es lo que nos humaniza.

El escritor colombiano Santiago Gamboa, que fue representante de su país ante la UNESCO, recuerda haber escuchado al delegado de Palestina decir: «Es más fácil hacer la guerra que la paz, porque al hacer la guerra uno ejerce la violencia contra el enemigo, mientras que al construir la paz uno debe ejercerla contra sí mismo.» Dominio de sí en vez de violencia contra el otro: eso nos humaniza.

Pues, en definitiva, ¿de qué va la filosofía práctica –la ética, el pensamiento político, la religión en su dimensión no teísta (que cabe llamar espiritualidad)–? Una respuesta breve diría: trata de *la autoconstrucción de lo humano*. Y prefiero con mucho esta noción a la “auto-creación” de Nietzsche, porque estamos hablando de artesanías y no de artes demiúrgicas.

Se trata de construir lo humano (¡pues no nos viene dado!) en vez de dar rienda suelta a las ciegas pulsiones de la psique y los arrolladores mecanismos del mercado. Construir lo humano: las emociones humanas, las prácticas humanas, las virtudes humanas, las instituciones humanas. Nuestra tarea es construirnos –incluso si creemos, como los budistas por ejemplo, que la almendra de esta tarea es deconstruir el ego–.

P: ¿Crees posible una reconversión del capitalismo, profunda si quieres y por ahora poco imaginable, que le haga amigo de la naturaleza a corto, medio y largo plazo?

R: Creo que no tenemos buenas razones para creer en un “capitalismo verde” a medio/largo plazo, aunque en el corto plazo sin duda serían posibles reformas ecologizadoras que permitirían básicamente “comprar tiempo” con estrategias de ecoeficiencia (“hacer más con menos” en lo que a nuestro uso de energía y materiales se refiere). Tal es la perspectiva de los sectores capitalistas “ecoilustrados” –por desgracia, no demasiado poderosos en la dinámica global– que trabajan con la perspectiva estratégica de “desacoplar” el crecimiento económico de la sobreexplotación del planeta y sus recursos naturales. Esta perspectiva es miope cuando no engañosa, como he tratado de mostrar en algunos pasos de *El socialismo puede llegar sólo en bicicleta* y en otros lugares.⁴ La razón de fondo es el carácter

⁴ Por ejemplo en J. Riechmann, «Eficiencia y suficiencia», capítulo 4 de *Biomímesis*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2006. Uno de los cinco volúmenes que integran mi “pentalogía de la autocontención”.

expansivo inherente al capitalismo, ese avance espasmódico que combina fases de crecimiento insostenible y períodos de “destrucción creativa” insoportable. Hoy ya estamos más allá de los límites, y por eso suelo decir que “el tema de nuestro tiempo” (o al menos, uno de los dos o tres “temas de nuestro tiempo” prioritarios) es el violento choque de las sociedades industriales contra los límites biofísicos del planeta. Y hoy “sociedades industriales” quiere decir: el tipo concreto de capitalismo financiarizado, globalizado y basado en combustibles fósiles que padecemos.

En la introducción del libro pongo el ejemplo siguiente: técnicamente es posible fabricar bombillas que duren cien años, lavadoras eléctricas fácilmente reparables que funcionen más de medio siglo. Y esa posibilidad técnica se convierte en una necesidad, si es que queremos conservar los beneficios de eso que llamamos civilización (sobre cuya irreversibilidad no deberíamos hacernos ilusiones: el horizonte de colapso resulta hoy por hoy más verosímil que el de progreso) y generalizarlos al conjunto de la humanidad, en el difícilísimo trance histórico donde nos hallamos.

Pero lo que es técnicamente posible, y necesario desde la perspectiva del bienestar y la emancipación humana, resulta inviable bajo el capitalismo. Socioeconómicamente imposible. Para que gire sin fin la rueda de la producción y el consumo, las mercancías han de incorporar su obsolescencia programada. Este sistema sólo puede funcionar con bombillas que se funden a los seis meses de uso, con lavadoras que duran cinco años. Y por eso –en una biosfera finita, con recursos naturales finitos y con una población humana demasiado elevada– el capitalismo es incompatible con el bienestar y la emancipación humana.

P: ¿No existe el riesgo de que no lleguemos al siglo XXII o que lleguemos en un estado muy deteriorado?

R: Ese riesgo es, por desgracia, muy real. Uno barrunta que vamos hacia desastres mundiales que pueden ser peores que las dos guerras mundiales (o quizá tres, contando la guerra fría), los genocidios o los totalitarismos del siglo XX: catástrofes que en sí ya fueron peores que todo lo anterior y supusieron la cima de la violencia humana a través de los tiempos. Pero avanzamos, eso sí, con una sonrisa idiota en los labios, un *smartphone* en las manos y una canción de Lady Gaga en los auriculares.

Posmodernismo como filosofía, neoliberalismo como teoría económica (ampliamente divorciada de la práctica, eso sí: habría que llamarla más bien –con José Manuel Naredo– “neocaciquismo”), nihilismo y *marketing* como cultura, vuelos baratos como herramienta de control social: así hemos vivido. ¿Queremos seguir viviendo así?

Aquella terrible frase de Lenin –¿era de Lenin, verdad?– según la cual los revolucionarios eran cadáveres de permiso. Hoy, las perspectivas de colapso civilizatorio arrojan una sombra análoga sobre los colectivos humanos. Somos sociedades extintas de permiso. Pero en la sombría noche que habitamos, a la lucidez crítica la llaman misantropía y gusto por el apocalipsis. Ay, cuánto me gustaría equivocarme... «Confiamos/ en que no será verdad/ nada de lo que pensamos», suspiraba Antonio Machado.

P: Y ante semejantes riesgos de degradación y colapso, ¿qué medidas urgentes serían imprescindibles?

R: En cierto momento de *El socialismo puede llegar sólo en bicicleta*, hacia el final del capítulo 8, me atrevo a esbozar lo que podrían ser líneas maestras de un “programa de transición”:

1. *Reforma ecológica de la Contabilidad Nacional*, para disponer de indicadores adecuados que permitan evaluar la economía en su comportamiento biofísico (más allá de la esfera del valor monetario).
2. *Reforma fiscal ecológica*, para “internalizar” una parte de los costes externos que hoy provoca nuestro insostenible modelo de producción y consumo. La figura central sería un fuerte *ecoimpuesto sobre los combustibles fósiles*. Se haría en el marco de
3. un “*nuevo contrato fiscal*” que globalmente aumentaría la tributación de las rentas altas y del capital, y pondría más recursos en el sector público (y desde luego eliminaría los paraísos fiscales).
4. *Reducción de la escala física de la economía* hasta los límites de sustentabilidad. Economía “de estado estacionario” en ese sentido (no necesariamente en cuanto a la “creación de valor”).
5. *Reducción del tiempo de trabajo*, buscando las condiciones para que esta medida se traduzca en nuevo empleo (ello dista de ser automático). *Trabajar menos* (solidaridad social) y *consumir menos bienes destructores de recursos escasos* (solidaridad internacional e intergeneracional) *para trabajar todos y todas, y consumir de otra forma*.
6. *Tercer sector de utilidad social, semipúblico*, para atender a las demandas insatisfechas (por ejemplo, las que se refieren a la “crisis del cuidado”).
7. “*Segunda nómina*” que el Estado abonaría a los asalariados que no trabajasen a jornada completa o lo hicieran por debajo de un salario mínimo decente.
8. *Intensa reducción de las disparidades salariales*.
9. *Socialización de una parte (al menos) del sistema de crédito*. Banca pública fuerte.
10. *Provisión de bienes y servicios públicos de calidad por parte de un sector de la economía socializado*: energía, transporte, comunicaciones, vivienda, sanidad, educación...
11. *Infraestructuras para la sustentabilidad*: energías renovables, transporte colectivo, ciudades y pueblos sostenibles...

12. *Políticas activas de empleo; formación continuada a lo largo de toda la vida laboral; sistemas renovados de recalificación profesional.*

Entre los mecanismos más interesantes para *la planificación indirecta no burocrática de la inversión* en economías con sectores de mercado importantes se hallan los *descuentos y recargos en los tipos de interés*. La banca pública presta dinero a las empresas con ciertos descuentos o recargos en el tipo de interés, *decididos para cada sector de bienes de consumo en función de criterios sociales y ecológicos*.

P: Hablas de “desfinanciarizar” la economía. ¿Por qué? ¿Cómo se puede conseguir una cosa así?

R: En las jornadas «Viviendo en Deudocracia» (Madrid, 7 y 8 de octubre de 2011), el investigador del Observatorio de la Deuda en la Globalización (ODG) Daniel Gómez declaraba: «Estamos viviendo un golpe de Estado financiero», no nos hallamos ya (o cada vez estamos menos) en una democracia. Aunque este “golpe de Estado financiero” se ha acelerado de forma alucinante a partir de 2009, lo cierto es que llevaba mucho tiempo en marcha: se trata de una de las características más relevantes del período neoliberal/neoconservador que comenzó hacia 1980.

La raíz de la crisis financiera y económica que comenzó en 2007 se halla en un sector financiero y bancario que ha adquirido un tamaño descomunal, y que ha acumulado pérdidas en sus operaciones especulativas (primero en EEUU con las “hipotecas locas” y luego en Europa, con sus burbujas inmobiliarias y otros riesgos). «Los mercados no tienen ni memoria ni sentimientos, sólo funcionan en términos de cuenta de resultados», reflexionaba en 2011 el responsable de un banco suizo con sede en Madrid. La banca privada no sabe de sustentabilidad, de largo plazo, de justicia ni de interés social. Pero sin un sistema de crédito al servicio del interés general, que permita reorientar la inversión hacia la transformación socioecológica que precisamos, no hay posibilidad de alejarnos del abismo. Necesitamos la socialización de la banca –no sólo por eficiencia económica, no sólo por justicia social, no sólo para salir de la crisis económica: también por interés de supervivencia–.

P: ¿Cómo es posible, cómo se consigue que un sistema económico, una civilización incluso, como el capitalismo, al que tú con razón atribuyes un carácter distópico, tenga tantos partidarios en el mundo?

R: Ay, querido Salva, ésa es una pregunta que requiere un programa de investigación multi e interdisciplinar, más que una respuesta breve en una entrevista. Ese programa debe-

ría interrogarse sobre los numerosos obstáculos que traban el funcionamiento de la frágil racionalidad humana, comenzando por una revisión de las teorías clásicas de la ideología y llegando hasta los últimos hallazgos de los psicólogos cognitivos y los neurocientíficos. Tendría que adentrarse en cuestiones generales, como la sociología de las *public relations* en las sociedades capitalistas avanzadas, y también analizar con gran detalle asuntos concretos, como la psicología y la economía del negacionismo climático... Tendría que revisar indagaciones de psicología profunda para tratar de entender cómo engranan las seducciones del sistema de la mercancía con la fracturada libido humana. Y no olvidar rasgos de la condición humana tan problemáticos como esa desdichada tendencia a gritar “viva quien vence” en demasiadas ocasiones.

Alguna vez he pensado sobre la condición humana en los siguientes términos: tener que hacernos cargo de asuntos que nos sobrepasan, en situaciones para las que no estamos preparados. Nos gustaría tanto tumbarnos a descansar... Pero no podemos ni debemos hacerlo. La pereza que nos hace seguir la corriente (descuidando así la tarea de autoconstruirnos, y construir una comunidad humana); y la indiferencia que nos cierra al sufrimiento del otro. Esas son las dos grandes faltas del *anthropos*, diría yo.

P: Lo que necesita el mundo, afirmas, no es expansión ni crecimiento sino intensidad. ¿Nos explicas esta afirmación?

R: Ahí me he valido, en más de una ocasión, de reflexiones de un gran poeta español y andaluz, Juan Ramón Jiménez –quizá el más grande de nuestros poetas en el siglo XX–, de quien por cierto también podríamos hacer hoy una interesante relectura con gafas eco-socialistas (¡sería un espléndido tema de tesis doctoral!). Decía el poeta de Moguer:

«La intensidad expresa mejor la fuerza de lo poético; lo intenso no es hacia arriba ni hacia abajo, ni hacia la derecha, ni hacia la izquierda, lo es en sí mismo y no se pierde más que en sí mismo y nunca se acaba; es, pues, lo más ilimitado de un límite hacia dentro de uno mismo.»⁵

Lo más ilimitado de un límite hacia adentro, nos sugiere Juan Ramón: no está mal como proyecto vital, como orientación espiritual, ni como objetivo civilizatorio. Nos invita a pensar de otra manera sobre cantidad y calidad, sobre los fines de la vida humana, sobre lo que puede ser una vida buena para la clase de animal complejo y desequilibrado que somos los seres humanos...

Digámoslo de otra manera. De alguna forma, estamos ante una elección análoga a la siguiente: o un gordo e insípido fresón de invernadero (que se produce esquilmando la tie-

⁵ J. R. Jiménez, «La profundidad poética», en *Política poética*, Alianza, Madrid, 1982, p. 425.

rra, envenenando las aguas y explotando a los jornaleros inmigrantes), o una secreta fresa silvestre que nos colma de algo inconfundible e incomparable, como aquella del poema del danés Jens August Schade:

«La misteriosa sensación secreta/ de sentir una fresa en la boca/ nunca se podrá comprar con dinero./ No se conoce la razón/ pero una fresa puede hacer que el alma/ se ponga al rojo vivo, hasta el fondo.// Esta fresa, me la dieron esta mañana,/ me hace tan feliz/ que oí al espacio celeste decir// *la cosa más deliciosa que haya saboreado.*»⁶

P: ¿Por qué crees, como afirmas en tu libro, que tomado en serio el desarrollo sostenible es decrecentista?

R: Antes me referí al espejismo de que quepa alcanzar la sustentabilidad “desacoplando” el crecimiento económico de los impactos ambientales –espejismo al que tienden a reducirse las políticas de desarrollo sostenible que trata de poner en marcha en la Unión Europea, por ejemplo, o sectores “ecoilustrados” del capital. Pero de poco (o nada) servirán las reformas para “ecologizar” la producción, y muy particularmente las mejoras en eficiencia, si no se frena el crecimiento material en nuestras sociedades sobredesarrolladas. Como la historia de los decenios pasados prueba elocuentemente, de nada sirve mejorar la eficiencia energética o el ahorro de materiales un 1 o un 2% anual, si el objetivo económico sigue siendo crecer un 3 ó 4% anual: el impacto devastador sobre la biosfera seguirá aumentando. Nuestro objetivo tiene que ser detener selectivamente el crecimiento material en nuestras sociedades sobredesarrolladas (lo cual está muy lejos de equivaler a detener el desarrollo humano, no implica necesariamente que no crezcan magnitudes contables como el PIB o el PNB, y no implica tampoco que no tenga que darse crecimiento material en el Sur).

Hay que repetir una y otra vez que no es posible el crecimiento económico indefinido dentro de una biosfera finita, y que globalmente hemos sobrepasado ya los límites del crecimiento. Globalmente, lo que necesitamos es *desarrollo sin crecimiento* (cuantitativo), y en última instancia ésta es la única definición breve de desarrollo sostenible que no traiciona el contenido radical del concepto. Lo peliagudo de la situación se hará evidente si se piensa que desarrollo se define habitualmente en términos de crecimiento económico, y por tanto, “desarrollo” tal y como se define habitualmente y “desarrollo sostenible” no son conceptos emparentados, sino antagónicos. Por cierto que, sobre estos asuntos, Florent Marcellesi acaba de publicar un libro valioso: *Cooperación al posdesarrollo. Bases teóricas para la transformación ecológica de la cooperación al desarrollo* (Bakeaz, Bilbao 2012).

⁶ J. A. Schade, «Una fresa», en Uriz, F. J. (ed.), *Poesía nórdica*, Ediciones de la Torre, Madrid [1958], 1995, p. 469.

P: Usas a veces la noción de sociedad decente, ¿qué es una sociedad decente para ti?

R: Diría que la raíz del concepto hay que buscarla en la noción de *common decency* que usaba aquel socialista heterodoxo que fue George Orwell: decencia humana común. En *Homenaje a Cataluña* George Orwell escribió: «Si me hubieses preguntado por qué razón me involucré en las milicias, te habría respondido: para combatir el fascismo. Y si me hubieses preguntado por qué ideal me batía, habría respondido: la decencia común.» Tras la *common decency* de Orwell, Isaiah Berlin habló en más de una ocasión de la necesidad de garantizar *una sociedad decente*, aunque no podamos acercarnos a ideales de justicia absoluta.

Luego, ya en los años setenta, un politólogo israelí llamado Avishai Margalit fue teorizando *La sociedad decente* (así se titula un libro suyo de 1996, traducido al español por Paidós). Para Margalit, una sociedad decente es aquella cuyas instituciones no humillan a las personas. Es una definición sencilla, pero le da mucho juego, y llega bastante lejos...

El punto de partida de Margalit –lo cuenta al comienzo del libro– fue una observación de Sydney Morgenbesser que le impresionó mucho: el problema más acuciante no es la sociedad justa, sino la sociedad decente. Sin llegar a esa muy ambiciosa meta de una sociedad justa, hay mínimos básicos sin cubrir los cuales una sociedad debería avergonzarse de sí misma. El primer artículo de la Constitución española de 1978 habla de España como «Estado social y democrático de derecho»: bueno, si fuéramos eso –que desde luego no lo somos, y nos estamos además alejando todavía más con las actuales contrarreformas y recortes del Partido Popular– no seríamos todavía una sociedad justa, pero probablemente sí una sociedad decente.

También hay que recordar que en años recientes la Organización Internacional del Trabajo (OIT) lanzó la consigna de *trabajo decente*. Esa decencia mínima, de la que hoy estamos tan alejados, nos situaría a años luz del inaceptable mundo capitalista, patriarcal y productivista que padecemos hoy.

P: Señalas que Manuel Sacristán, entre otros, nos enseñó un marxismo limpio de tentaciones escatológicas. ¿De qué tentaciones tenemos que liberarnos en tu opinión?

R: «Agrupémonos todos/en la lucha final...» Muchos hombres y mujeres cantaron, emocionadas, la Internacional al final del emocionante acto de homenaje y despedida a Paco Fernández Buey, en el tanatorio barcelonés de Les Corts, el 27 de agosto de 2012.

Pues aquí yo introduciría un matiz, compañeros: no habrá lucha final. Tendremos –sisíficamente– que seguir luchando siempre, incluso en los “tiempos buenos” en que vayamos logrando victorias parciales. Me temo que la política y la condición humana para lo que dan es para eso. Eso sí: seguiremos necesitando agruparnos, poner en común y compartir.

P: ¿Cuándo una economía es homeostática?

R: Propongo la expresión “economía homeostática” como traducción de una importante expresión en lengua inglesa, *steady-state economics*, que suele traducirse por “economía de estado estacionario” (con connotaciones de estancamiento que en realidad no hacen justicia al concepto).

Una economía ecosocialista rechazará los objetivos de expansión constante, de crecimiento perpetuo, que han caracterizado al capitalismo histórico. Será, por consiguiente, una *steady-state economy*: un «socialismo de estado estacionario» o «socialismo homeostático». La manera más breve de describirlo sería: todo se orienta a buscar *lo suficiente* en vez de perseguir *siempre más*.

En los mercados capitalistas se produce, vende e invierte con el objetivo de maximizar los beneficios, y la rueda de la acumulación de capital no cesa de girar. En una economía ecosocialista se perseguiría, por el contrario, el equilibrio: habría que pensar en algo así como una economía de subsistencia modernizada, con producción industrial pero sin crecimiento constante de la misma.

P: Defiendes una concepción ecosistémica de la ciudad. ¿Qué concepción es esa?

R: Ya Lewis Mumford, el gran filósofo, urbanista e historiador de la tecnología, proponía hace decenios *una concepción ecosistémica de la ciudad*. Según él, la “evolución destructiva” de las ciudades ocurre cuando se sobrepasan los límites ecológicos, aumenta la velocidad de los movimientos, se destruye la complejidad urbana y se degrada la socialidad humana. La ceguera productivista ignora las relaciones *entre los sistemas humanos y la realidad biofísica* donde se hallan inmersos; e ignora que nuestras actividades urbano-industriales son el origen de la mayoría de los problemas ecológicos. Desde perspectivas teóricas como la economía ecológica y la teoría de sistemas, a la hora de interrogarnos sobre la sustentabilidad de nuestras ciudades lo primero que hemos de examinar son los intercambios de energía y materiales que mantienen con su entorno (próximo y lejano), es decir, hemos de analizar su “metabolismo” ecológico-social.

P: Sostienes que el siglo XXII será ecosocialista o no será, que ecosocialismo o barbarie...

R: Me daba risa el título con que en mi departamento universitario se planteaba un debate filosófico, en abril de 2012: «¿Es el socialismo un cadáver insepulto?» Hubiera debido formularse más bien: «El siglo XXII será socialista (ecosocialista) o no será». O bien logramos salir del capitalismo, o este se autodestruirá y destruirá el mundo –no en un lapso de siglos sino de lustros–.

El tiempo se nos acaba. El espacio se estrecha. Las opciones se simplifican. Ahora nos toca decidir: o un mundo de iguales, o un mundo de presas y cazadores. O Marx o Nietzsche, podríamos decir, expresándonos en los términos de aquel siglo XIX que aún no conocía la expresión “efecto de invernadero”. Ecosocialismo o barbarie.

Para expresarlo de forma muy sucinta: aceptamos como punto de partida el «Dios ha muerto» de Nietzsche (léase: no hay verdades ni valores garantizados metafísicamente, desprendámonos de la superstición del Absoluto). Y añadimos además: la Pachamama no cuidará de nosotros (antes bien al contrario: deberíamos ser nosotros quienes tratásemos de cuidar de la vulnerable Pachamama). Pero desde esas premisas, dos grandes opciones se abren ante nosotras y nosotros. Podemos concluir que, dado que no hay un Padre Todopoderoso que imponga normas, el fuerte debe dominar al débil. Mas podemos concluir también que, dado que somos huérfanos, deberíamos cuidar unos de otros. Ésta última opción es la del ecosocialismo y el ecofeminismo.

P: Defiendes al final de tu ensayo un ecosocialismo feminista. ¿Nos resumes brevemente los nudos básicos de tu propuesta?

R: Sin ánimo de echar sobre los hombros de las mujeres la pesada carga de la responsabilidad sobre la salvación del mundo, a lo que ellas se resistirían con sobrada razón, constato que, según psiquiatras y neurólogos, los dos hemisferios cerebrales femeninos cuentan con mayor plasticidad neuronal y están más integrados gracias a un cuerpo calloso (que los une) más voluminoso. Sin embargo, el cerebro masculino tiene menos conectados ambos hemisferios, y el derecho (que controla las emociones) está subordinado al izquierdo (que controla el lenguaje y el pensamiento abstracto). Esto explicaría, por ejemplo, que las mujeres verbalicen sus sentimientos más y mejor que los varones.

Y también –en mi opinión– podemos tomarlo como una interesante confirmación neurológica de que ellas son la mitad mejor de la humanidad... De ahí la importancia de las propuestas feministas y ecofeministas, y la necesidad de integrarlas en la perspectiva ecosocialista integrada que precisamos.⁷

⁷ Por cierto que una espléndida introducción a estas propuestas se hallará en un libro que aprovecho para recomendar: A. H. Puleo, *Ecofeminismo para otro mundo posible*, Cátedra, Madrid, 2011.

En esa parte final de *El socialismo puede llegar sólo en bicicleta* que evocas me valgo, por ejemplo, de una ecofeminista como Mary Mellor, quien nos indica –entre otros asuntos importantes– que:

«[...] la atención de Marx se centró en las dinámicas del capital. Luego, el problema del marxismo que se ha desarrollado sobre estas teorías es que ha interpretado la economía capitalista como si fuera *la* economía, cuando en realidad no es más que un sistema de generación de beneficios, y sólo deviene un sistema de aprovisionamiento por defecto. Las economistas feministas dirían, en este sentido, que *la* economía es, en gran medida, malgasto de tiempo y de recursos, y que la mayor parte del trabajo real de provisión del sustento se realiza en el marco del hogar y de las comunidades.»

P: Y también al final del libro hay unas páginas –ese breve capítulo 11 titulado «Tareas para después de la muerte de Dios»– donde te asomas a dimensiones que algunos llamarían “espirituales”...

R: Diría que esa dimensión “espiritual”, o de religiosidad atea, es una dimensión humana importantísima que las izquierdas de tradición naturalista y materialista (tradición que es también la mía, aclaro) harían mal en descuidar. El vacío de sentido que se genera en el capitalismo avanzado es un fenómeno de enorme trascendencia, que hemos de integrar en nuestros análisis. Nuestra cultura es nihilista: desde sus centrales nucleares hasta sus programas de telebasura, la corriente principal de nuestra cultura es profundamente nihilista. ¿Podremos apoyarnos en sus subculturas no nihilistas hasta ser capaces de transformar la corriente principal?

Hay una reacción posible ante el desamparo (la pérdida de Dios y las certidumbres metafísicas) que Dostoievski anticipaba: «Al quedar solos como deseaban [...], al quedar huérfanos, lo primero que harían los hombres es abrazarse estrechamente unos a otros [...], y todo el gran excedente del antiguo amor a Aquel que es la inmortalidad se encaminaría a la naturaleza, al mundo y al hombre... ¡Cuánta prisa se darían los hombres en amar para apagar la tristeza de sus corazones!»

Resulta obvio que no ha sido esta reacción la predominante en la profunda crisis de sentido que se genera con la Modernidad: ha prevalecido, más bien, una huida hacia delante que por varios mecanismos rehúsa enfrentarse al desamparo y la finitud humanas. Pero que no se trate de la respuesta predominante no quiere decir que no sea la más deseable, y la que debemos seguir intentando fortalecer.

Si dios no existe, deberíamos cuidarnos más unos a otros, y cuidar la Tierra.